

CAPITULO VIII

EL TORREÓN, SITIADO

ROULETABILLE, asomado a una de las troneras del tercer piso, escuchaba los ruidos de fuera. Como la noche era tan oscura, nada más se percibía cierto rumor producido por la gente. En el deslunado habían sido apagadas todas las hogueras, así como en los patios y en el camino de ronda. Ello quizá obedecía más a la lluvia, que se había recrudecido furiosamente, que a una orden determinada.

Los soldados de Gaulow habían tenido que refugiarse en los techados, galerías y claustros. Pero no estaban lejos. Se les oía en las tinieblas. A veces se llamaban con gritos y maldiciones.

Sin embargo, nada intentaron en toda la noche.

En la *Karakulé* debía reinar un desorden grande. La desaparición de Kara-Selim luego de la fuga de Ivana y la herida de Stefo el Dálmata, dejaban sin jefe el castillo en el momento en que más lo necesitaba. Los *kachafs* se habrían reunido con los lugartenientes, embotados por una jornada de festines; pero todos se habrían visto muy perplejos para tomar un partido.

Así se explicaba Rouletabille la tranquilidad relativa que por el momento se les permitía gozar.

En cuanto se marchó Atanasio, comenzó Rouletabille los trabajos. En primer lugar se ocupó del subterráneo. Para ello salió casi inmediatamente del calabozo, llevándose a La Candeur y rogando a Ivana que guardara un ratito al prisionero. Las últimas palabras que le dijo se refirieron a eso.

La dejaba a solas con Gaulow para que por sí decidiese lo que tenía que hacer. Sabía que Ivana no encontraría más que en sí misma la razón suficiente para comprender que Gaulow les serviría más en vida que muerto.

Y si ella tenía un marcado interés en gustar la embriaguez sangrienta de la venganza, nada de lo que se le dijese podría hacerla cambiar de resolución.

Rouletabille le había sugerido una solución práctica, dada la desesperada situación en que se encontraban. Pero había tenido la torpeza de insistir.

La dejó, pues, dándole a entender con aquella actitud que el prisionero le pertenecía. Si le mataba, si le martirizaba, si le torturaba, de lo cual era muy capaz aquella hija del Balkán, educada entre dos asesinatos, Rouletabille no presenciaria una escena que, solamente en imaginarla, le llenaba de horror, de tanto horror que, cuando se figuraba a Ivana cometiendo tales atrocidades, se preguntaba cómo había podido amarla.

Al cabo de cierto tiempo volvió de su excursión por el subterráneo, en la cual pudo comprobar que la dinamita había resultado eficaz y que el derrumbamiento había alcanzado tales proporciones, que los sitiados no tenían que temer nada por debajo de tierra. Y quedó muy sorprendido y contento al encontrar junto a Ivana a

Gaulow vivo, intacto. Entonces, cogiendo las manos de la joven, le dijo:

—¡Gracias!...

La adoraba.

—¡Qué tentaciones habría tenido la joven en la obscuridad en que él la había dejado, en la obscuridad, en que a su placer hubiese podido torturar a Gaulow!...

—Puedes estar tranquilo, Rouletabille — murmuró ella—. Me habías dejado sin luz... Y yo, cuando mate a Gaulow, quiero verlo morir.

—Pero mientras, lo conservaremos en vida, ¿no?

—¡Sí, sí!... Mientras no hayamos pensado el suplicio.

—Pues dedica a eso tres o cuatro días... ¡Luego harás con él lo que te plazca!

—¿No hay otro calabozo?

—Sí, aquí al lado. No son calabozos lo que falta en la *Karakulé*. Escogeremos uno cuyos barrotes no dejen escapar a muertos ni a vivos.

—Y ¿quién le vigilará continuamente?

—¡El *katerdjibaschi*!—contestó el repórter—. Sí: con nosotros está un jefe de muleros a quien los pomaks le han matado varios parientes... ¡Y lo vigilará bien!

—Pero, sobre todo, que no le haga nada... ¡Me responderá con su cabeza!

—¡Bueno!

Y subieron al torreón, donde Vladimir les recibió con mil extremos de cortesía.

Ivana quería verlo, conocerlo, inspeccionarlo todo con Rouletabille.

Este distribuyó a la gente.

Destinó al *katerdjibaschi* al subterráneo y a Modesto al cuerpo de guardia, con la misión—para que se mantuviera despierto—de practicar a punta de cuchillo dos

pequeñas aspilleras en la dura madera de la enorme puerta que cerraba aquella estancia por la parte del puente levadizo... cuando había puente levadizo.

En el primer piso dejó a La Candeur y a Vladimir, cada uno en una aspilleras que dominaban el camino de ronda. En cuanto al segundo piso, intentó concluir una alianza con los alemanes; pero no consiguió más que atraerse una descarga de injurias. Ahora, y menos que nunca, no querían hablar con quien no fuese su cónsul. Ya que era imposible entenderse con ellos, y dado que podían resultar peligrosos por sus extravagancias, Rouletabille mandó condenar su puerta con gruesos maderos, con lo cual quedaron encerrados.

En el tercer piso había dos habitaciones. Rouletabille las cedió a Ivana, reservándose, sin embargo, el derecho a entrar cuando quisiera en una de ellas, desde donde podía observar casi todo lo que ocurriera en la *Karakulé*.

El cuarto piso era la plataforma del torreón, rodeada de altas almenas. La torre, ciertamente, era elevada; pero a pesar de ello, su plataforma no se encontraba a mayor altura, por ejemplo, que la plataforma de la torre del vigía, que distaba un centenar de metros. Ello provenía de los diferentes niveles de la roca en que estaba asentada la *Karakulé*. Por tanto, era peligroso permanecer en la plataforma del torreón, ya que se podía recibir el fuego hecho desde la torre del vigía. Afortunadamente, la estrecha escalera que llevaba a la plataforma del torreón desembocaba bajo una especie de garita de piedra, en la cual podía colocarse tranquilamente un centinela para observar la parte Oeste y Sudoeste de las murallas y fosos de la *Karakulé*.

Para ver los lados Este y Norte, había que salir de la

garita y avanzar por la plataforma, pero arrastrándose de rodillas detrás de las almenas. Así se podía escapar a los disparos de la torre del vigía a poca agilidad que se tuviese.

Rouletabille puso a Tondor en la garita.

Tondor, desde allí, dominaba directamente las murallas bañadas por las aguas del torrente desde que la caída de la torre del Oeste había hecho subir las aguas e inaccesible el camino de la cornisa. Si Gaulow, zafándose del *katerdjibaschi*, era capaz de huir por el ventano del calabozo, aún tendría que sortear los tiros de Tondor.

El torreón, así vigilado y defendido, era más seguro que muchos «fuertes chabrol» que, durante jornadas históricas, detuvieron a la fuerza pública ante sus débiles murallas.

La sillería tenía un espesor de al menos cuatro metros. El único punto vulnerable era la puerta del cuerpo de guardia. Pero ¡qué puerta!... Además, había que llegar a ella. El torreón estaba rodeado por un foso de seis metros de profundidad y el puente levadizo se hallaba hecho polvo.

Los primeros resplandores del día empezaban a iluminar ya las cumbres del Istrandja-Dagh, cuando Rouletabille se encontraba en las habitaciones del primer piso, donde acababa de comprobar la existencia de municiones. Entre las de revólver y las de carabina de repetición, tenían los sitiados para disparar ochenta tiros. No era mucho. Pero tampoco era nada.

—Pronto llegará la hora de almorzar—dijo Rouletabille a La Candeur—. Aprovechemos el tiempo para ver las provisiones de boca con que contamos. Supongo que podremos alimentarnos durante cuatro días, aunque nos tengamos que apretar el vientre. ¡La guerra es la guerra! Y, a propósito, ¿por qué Vladimir ha negado los «almuer-

zos del ciclista» a ese pobre Atanasio? Ya sé yo que no estamos en la opulencia, pero eso no era nada caritativo... Porque supongo que no habrá ocurrido un desaguisado con los «almuerzos del ciclista», ¿eh? A Vladimir le entregué una caja llena...

—Voy a preguntárselo—contestó precipitadamente La Candeur, a quien todos aquellos preparativos de guerra ponían cada vez más melancólico.

Y se lanzó a la escalera, llamando a Vladimir, que precisamente había bajado a dar una vueltecita por el cuerpo de guardia, aunque había recibido la orden de no separarse de la espillera de su habitación. No tardó en volver La Candeur solo, sin Vladimir.

—Me ha dicho Vladimir que está muy ocupado escuchando con Modesto un ruidito que parece venir del camino de ronda y que tiene trazas de mal agüero...

—Vladimir ha hecho muy mal abandonando su puesto—replicó severamente Rouletabille—. Voy a bajar para ver de qué se trata y para reñirle. Pero antes abre tu cantina, querido La Candeur, para ver de cuántas cajas de conservas M. H. disponemos.

—¡Rouletabille!—gritó La Candeur, que se había acercado a la escalera—. Creo que Tondor nos llama desde arriba. Debe ocurrir alguna novedad...

—¿Estás seguro de que llama?... ¡Yo no oigo nada!

—¡Pues yo lo he oído perfectamente!... ¿Será algo grave?... Convendría subir... ¡No te molestes!... Yo mismo subiré.

Y se lanzó a lo alto del torreón, como poco antes había descendido al cuerpo de guardia. Rouletabille, intrigado, echó tras él.

Llegaron simultáneamente a la garita de la plataforma, donde encontraron a Tondor muy asombrado al verles.

Como les indicó que no ocurría nada de particular, volvieron a bajar.

—¡Me había equivocado!— declaró La Candeur algo cariacontecido—. Pero eso no tiene nada de extraordinario tratándose de un centinela que conoce tan poco nuestra lengua.

—Bueno; pero si el centinela no dice nada—dedujo luminosamente Rouletabille—, es fácil comprender que no llama...

La Candeur volvió la cabeza.

—¿Qué miras?—preguntó Rouletabille.

—Me estaba fijando por si acaso, a través de esa aspillera, se podía distinguir el punto que le has indicado a Atanasio para que nos haga señales.

—Sígueme.

—Es que creo que desde aquí, cuando haya mayor claridad, podré distinguir...

—¡Te digo que me sigas!

Rouletabille se sabía de memoria a La Candeur. Y adivinaba que éste le ocultaba algo de importancia, por cuanto se atrevía a mentirle en semejantes circunstancias. La Candeur, en efecto, no había oído nada.

Rouletabille bajó de todos modos al cuerpo de guardia para enterarse de lo que allí ocurría. Encontró a Modesto medio dormitando, pero aplicado a practicar con la punta de su cuchillo un agujero en la puerta, que era dura como el hierro, lo cual, desde cierto punto de vista, no le disgustaba.

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Nada!

—¿Y ese ruidito del camino de ronda?

—¿Qué ruidito? ¡No sé nada!

—¡Es que dormía!—atajó La Candeur.

—¿Dónde está Vladimir?

—El señor Vladimir acaba de bajar al subterráneo. Me ha dicho que le dijera que iba a vigilar al *katerdjibaschi*, el cual, a su vez, parece que está vigilando a un prisionero.

—Ve a buscarle y dile que venga en seguida. Sube con él, ¿eh? ¿Adónde vas, La Candeur?

—Iba a subir para ver si la aspillera de la escalera...

—¡Quédate aquí!

Rouletabille paseaba nerviosamente por el cuerpo de guardia, con las manos a la espalda y el ceño fruncido. Cada vez que pasaba por el cono de luz de la lámpara que, medio apagada, habían colocado en un ángulo de la mesa, frente al «tablón de viajeros», La Candeur dejaba escapar un suspiro.

Por fin, y sucesivamente, surgieron Modesto y Vladimir de las profundidades subterráneas.

Rouletabille ordenó a Modesto que fuera a continuar su tarea, y luego, volviéndose hacia los otros dos reporters, les dijo con voz grave:

—Estamos en estado de guerra. La menor falta de uno de nosotros puede producir la perdición de todos. Así, pues, el que de ahora en adelante abandone su puesto sin haber recibido orden de ello, ¡será condenado a muerte! Subid delante de mí.

No se lo hicieron repetir dos veces.

La Candeur, mientras subía, temblaba como el azogue. Y Vladimir no parecía más tranquilo.

—¿Qué les pasa?—comenzaba a preguntarse Rouletabille, ya con cierta inquietud—. ¿Qué voy a descubrir? ¿Qué otra hazaña me habrán hecho estos dos botarates? ¡Vamos! ¡Más aprisa!...

Una vez en las habitaciones, se cuadraron tan triste y

grotescamente ante Rouletabille, que éste se asustó verdaderamente.

—Bueno—exclamó—. ¿Queréis decirme a qué vienen esás caras?

No contestaron. Permanecían ambos con los brazos temblorosos y como atacados de idiocia.

Rouletabille, ya perdida la paciencia, sacudió brusca-mente a La Candeur, que acabó por decir gimiendo:

—Te advierto que tienes parte de culpa... ¡Como siempre estás hablando de saltarnos la tapa de los sesos!... ¿Comprendes?...

—¡No!... Es decir, sí... Comprendo que estáis haciendo el imbécil en un momento poco oportuno... ¡Anda! Abre la cantina y dime cuántas cajas de conservas nos quedan.

La Candeur se puso de rodillas, como si fuera a efectuar lo ordenado; pero en aquel preciso momento levantó la cabeza hacia Rouletabille y le dijo:

—Mira... ¡Prefiero decírtelo en seguida! Para alimentarnos, no hay que contar con las conservas de aquí dentro.

—¿Por qué?

—Porque...

Pero no pudo decir más, sino que se puso a llorar y berrear. Rouletabille estaba lívido. Y se arrojó sobre La Candeur, gritando:

—¡Anímal! ¡Te lo habrás comido todo!

—No.

—¡Abre! ¡Abre!

Pero, apartando a La Candeur, abrió él mismo. A la luz del día naciente, pudo ver lo que había en la cantina. Y dió un grito.

¡Caramba! ¿Quién lo había de esperar?... ¡La cantina estaba llena de calzado! Había brodequines, zapatos, bo-

tas con gomas y abotonadas, calzado de trabajo y de fantasía, de paseo y de noche. Todos eran del mismo número. ¡Pero qué número!... El de La Candeur. Y todos estaban nuevos, flamantes, relucientes, como si acabaran de salir del bazar.

¿Qué era aquello? Rouletabille, con voz ronca y gesto amenazador, primero asombrado, luego furioso, le preguntó al interesado... La Candeur retrocedía ante él pidiendo perdón como un niño.

—¿Dónde están las cajas de conserva? ¡Di!

—¡Las he dejado abajo!

—¿Para meter en su lugar el calzado? —aulló Rouletabille.

—Mira... Mira...—dijo el otro sonándose y enjugándose los ojos—. ¿No lo comprendes?... ¡Representa una fortuna!

—¿Qué?

—Mi calzado...

—¿Quieres dedicarte a ese negocio en Turquía?

El otro, resoplando y haciéndose el ánimo, contestó:

—No lo he comprado para venderlo, sino para gastarlo.

—No te verás obligado a ir descalzo, no—dijo Rouletabille.

—¿Verdad que no?—replicó el gigante con verdadero orgullo—. Ello no deja de ser un consuelo a todos mis dolores pasados, presentes y futuros. Y de todos esos dolores, Rouletabille, el peor es el sufrimiento de los pies. No me refiero al dolor físico y vulgar, sino al que representa la humillación espantosa reservada a los pobres chicos que van de la Ceca a la Meca sin encontrar ni unos malos botitos arrojados al arroyo con los cuales disimular la miseria que a fuerza de ingenio consiguen

disimular en el resto de su persona. Tú, Rouletabille, ni tan siquiera te figuras lo que es eso. En el fondo, ¡has tenido mucha suerte! Si te han arrastrado descalzo por los muelles de Marsella, no es menos cierto que te calzaron en seguida y que no tuviste que aguantar esa miseria...

»Pero, yo, amigo mío, que había dejado mi profesión de maestro para dedicarme a la literatura; yo que he ido de despacho en despacho con mis manuscritos; yo que he pasado no sé cuántas horas disimulando mis extremidades posteriores bajo las banquetas donde esperaba ser recibido por un hombre del que invariablemente dependía mi porvenir, te aseguro que parecía hipnotizado al ver mis zapatos tan estropeados, con la piel desgarrada, sostenidos milagrosamente con cordeles teñidos de tinta... ¡Y te aseguro también que no hay peor suplicio para un hombre honrado que conserva el menor sentimiento de su dignidad profesional!

»Por eso pensé que, en cuanto tuviera algún dinero y mi situación lo permitiese, lo primero que haría sería recogerme calzado para cuando viniesen malos tiempos. ¡Y me he cumplido la palabra, Rouletabille! Desde que conseguí entrar en un gran periódico, he procurado hacerme cada mes un par de botas. Y en eso, Rouletabille, he invertido mis economías. ¿Cómo quieres que las abandonara?

—¡Desdichado!—exclamó Rouletabille, sinceramente compadecido ante las inesperadas razones—. ¿Para qué te servirán esas economías cuando, por tu culpa, haremos muerto de hambre todos?

—¡Oh! Aún nos queda mucho para llegar hasta ahí—dijo La Candeur con gran aplomo—. Tenemos todavía los «almuerzos del ciclista» de Vladimir...

Vladimir le dirigió una mirada fulminante.

Y Rouletabille dijo a Vladimir:

—¿Sabiendo eso, no me lo ha dicho? Ahora comprendo que se negara a desprenderse de dos «almuerzos del ciclista». Claro está que en el fondo ha hecho bien. Dos almuerzos nos permitirán resistir veinticuatro horas más. Y puesto que hemos perdido las conservas, tendremos que apretarnos el vientre... Veamos ahora esos almuerzos, Vladimir... Supongo que no tendrá la cantina llena de zapatos, ¿eh? ¡Abrala! Pero ¿qué espera?

—He perdido la llave...

—Igual da—dijo Rouletabille—. Basta con saltar la cerradura.

—¿Con qué?

—¡Vaya!... ¡Ya tenemos otro estúpido como La Candeur!...

Y puso él mismo manos a la obra. La cerradura, que era fuerte, se resistía mucho.

Pero por fin fué abierta la caja. Y Rouletabille se levantó vacilante. Allí no había «almuerzos del ciclista» ni provisiones de ninguna clase.

Estaba llena de una masa informe y oscura, que el repórter levantó sin llegar a comprender para qué podía servir. Además, el objeto en sí mismo era perfectamente indiferente. Lo terrible era que ocupase un lugar tan precioso... Los animales—caballos y mulas—, luego de pasar en el torreón la primera noche, fueron devueltos al techado del camino de ronda, para no llamar la atención, y no habían sido llevados al cuerpo de guardia, de manera que Rouletabille y sus compañeros no tenían nada, absolutamente nada que comer.

El repórter, sin abandonar aquella masa informe que tenía en la mano, se volvió diciendo:

—¿Qué es esto?

—Mi coraza de cuero—gimió Vladimir en el tono más lastimero y humilde que pudo encontrar.

—¿Qué coraza?

—¿Cómo?... ¿Ha olvidado usted que tengo una coraza? Le he hablado muchas veces de ella. Y por poca atención que me hubiese prestado...

—¡Bueno! ¡La atención se la prestaré ahora! ¡Dígal—replicó Rouletabille sombríamente, casi con ferocidad.

—Como usted sabe—comenzó diciendo el otro con encantadora timidez—se ha intentado muchas veces inventar corazas para balas...

—Eso dicen, sí.

—Pero ¡qué gran verdad es que los inventores son tratados con indiferencia! La de usted me disgusta... Pero cuando le haya explicado que la coraza Dowe estaba constituida por un almohadillado muy denso que en el interior tiene los tejidos más resistentes...

Silencio de Rouletabille. Vladimir, que quizá esperaba un aliento, tosió al ver que no venía; y siguió diciendo:

—Cuando le haya recordado que la resistencia de los tejidos de la coraza Dowe tiene límites rápidos, comprenderá cómo he llegado a la idea de fabricar un tejido más resistente que el de la coraza Dowe... ¿Eh?

Silencio.

—Y mi rasgo genial ha sido encontrar un tejido que raja al paso la envoltura de níquel o de acero que recubre la moderna bala de plomo... Sí, la raja, en vez de ser desgarrada.

Silencio.

—Y en el interior mismo de la coraza hay una especie

de expansión, si vale la palabra, y hasta de reparto del plomo, a causa de la fusión de éste...

Silencio.

—Eso quita a la bala su potencia perforadora.

¡Oh, aquello era el colmo! Rouletabille se volvió hacia Vladimir Petrovitch y le dió con toda su alma una patada en cierta parte posterior.

—En adelante ya sabrás dónde poner tu coraza—le dijo, mientras el otro se frotaba, con alguna melancolía, el lugar contusionado. Pero Vladimir, que era un buen chico, no se enfadó. Desde que tenía el honor de estar al servicio de Rouletabille, ¡había visto tantas cosas! Así, por ejemplo, el día en que Rouletabille se dió cuenta de que Vladimir raspaba, a veces, los recibos de los telegramas para sacarle sumas, ínfimas por cierto, oyó el elegante joven palabras más vejatorias para su amor propio que el puntapié en la aludida parte de su singular persona... Vladimir, pues, no protestó, sino que, para evitar otro golpe, huyó seguido rápidamente por La Candeur, que se precipitó hacia la escalera, tropezó, bajó dando tumbos hasta el cuerpo de guardia y quedó allí deshecho.

Vladimir, suspirando, sentóse a su lado.

—¡Rouletabille—dijo—ha hecho mal enfadándose! ¡Ya se pondrá contento cuando pueda ponérsela contra las balas! Una coraza siempre es útil en un sitio...

—¿Y mi calzado?—exclamó La Candeur—. Suponiendo que alguna vez salgamos de aquí, tendremos que andar mucho. Y cuando nuestro calzado se gaste en esas ásperas montañas...

En aquel momento estalló una formidable descarga de fusilería en el camino de ronda. Varias balas penetraron, rebotando por las aspilleras, en el cuerpo de guardia.

—¡Todo el mundo a su sitio!—aulló Rouletabille. Y mientras cada cual se dirigía a la aspillera al piso que le había sido indicado, saltaba él los escalones de cuatro en cuatro para llegar a la plataforma.

Toudor se disponía a disparar. Y Rouletabille, asomándose entre dos almenas, pudo ver el camino de ronda lleno de soldados, que se empujaban cerca de escaleras echadas al foso, mientras que otros, para cubrir la operación, tiraban a más y mejor hacia el torreón, esperando acertar a las aspilleras e impedir así que los sitiados molestaran a quienes tenían la misión de llegar a la poterna y hundir la puerta.

Pronto concibió y ejecutó su plan Rouletabille. La plataforma del torreón tenía un reborde, una especie de cornisa sostenida por modillones. Entre cada par de modillones, y muy cerca de las almenas, había una abertura por la cual se bajaba directamente al foso que rodeaba el torreón. Tales aberturas estaban destinadas antaño a dejar caer sobre el asaltante pez, aceite hirviendo, plomo derretido, etc. Rouletabille llamó a todos los suyos a la plataforma, y haciendo que se pusieran de bruces, con la vista en aquella abertura, dispuso tranquilamente que se fuera fusilando a los bandoleros, que ya eran muy numerosos en el foso.

—¡Disparad lentamente y con reposo!... ¡Apuntad bien—deciales Rouletabille—. ¡No podemos derrochar municiones!

Y él mismo, dando ejemplo, no fallaba nunca el tiro. Desde el camino de ronda resultaba imposible dar a los jóvenes sitiados, porque eran invisibles tras la defensa de piedra. Eso no disuadía a los de abajo de dirigir hacia arriba nutridas descargas, que, desde luego, no tenían resultado alguno. Los atacantes no hubieran podido mo-

lestar a los sitiados más que desde la torre del vigía, pero aún no se les había ocurrido.

En cuanto a los soldados que había en el foso, hubieran tenido que disparar en línea recta hacia arriba, con la culata del fusil encima del hombro y con extraordinaria habilidad para que sus proyectiles se deslizaran por las estrechas aberturas por donde les caía aquella lluvia infernal.

Ya hemos dicho que para bajar al foso hubo empujones entre los soldados. Lo mismo ocurrió cuando quisieron volver al camino de ronda. Entonces no hubo necesidad más que de disparar sobre el grupo e ir dejando que se vaciaran los cargadores, que derribaban de las escaleras racimos de soldados.

Pocos pudieron librarse. Y quienes lo consiguieron sembraron el espanto entre las fuerzas encargadas de cubrirles, que también sufrían el fuego directo del torreón.

Era que Rouletabille, viendo el foso desembarazado, gritó a la pequeña guarnición:

—¡A las aspilleras!...

Y todos bajaron a su respectivo sitio, corriendo de aspillera en aspillera, disparando desde cada piso, dando la ilusión de una tropa entusiasta y decidida a vender cara la vida.

Por otra parte, como en lo alto del torreón continuaba Toudor disparando entre las almenas, los atacantes, desconcertados, se preguntarían con qué número de sitiados se las habían.

La primera operación, pues, había sido desastrosa para la gente del Castillo Negro.

No encontrando refugio alguno en el camino de ronda, lo abandonaban a toda prisa y volvían al deslunado, lle-

vándose solamente algunos heridos, pues no habían tenido tiempo para recoger a los que gemían y pedían socorro arrastrándose por el foso. Luego de haberse puesto en salvo, cerraron tras ellos la pesada puerta del deslunado. Y el camino de ronda quedó completamente limpio de atacantes.

—¡Alto el fuego!—ordenó Rouletabille, pensando siempre en administrar bien las municiones.

Entonces pudieron todos felicitarse de aquella primera victoria. Vladimir bailaba de alegría. El *katerdjibaschi*, a quien Ivana había relevado de su misión para que pudiera combatir, reía diabólicamente mientras acariciaba la culata de la carabina de Atanasio, que Ivana le había entregado.

Por cierto que Rouletabille se extrañó mucho de que la joven no acudiera a disparar junto a él. Como conocía su carácter, sobradamente esforzado, pensó que tomaría parte en la lucha. Pero prefirió hacerse carcelera. Quizá había sido impulsada a ello por el odio invencible; pensaría que, si acaso forzaban el torreón, tendría al menos la alegría de, antes de morir, matar a Gaulow con sus propias manos. Y para que las cosas no dejaran de ocurrir así, en todo caso se encargó de vigilarle.

—¡Hombrel ¡Priski!... ¡Ese sí que no lo yerrol—exclamó Vladimir, que había asomado la nariz por una espillera y que se echó al hombro la carabina para dispararla contra el mayordomo, cuya silueta se erguía encima de la cortina del Norte. Pero resonó otro tiro.

Al punto se tambaleó Priski y desapareció tras la muralla. La voz de La Candeur, subiendo desde el cuerpo de guardia, decía:

—¡He matado a Priski! ¡He matado a Priski!

Los jóvenes bajaron.

—¿Qué hacías ahí?—preguntó Rouletabille, que parecía de muy mal humor—. ¡Había dicho que todos arriba!

—Y yo fui en seguida, en seguidita—replicó La Candeur.

—Pero no te has quedado.

—No... ¡Como disparaban tanto!... A mí el olor de la pólvora no me gusta.

—¡Vaya un valiente!

—No lo seré; pero ¡he matado a Priski!

—¡Buena la has hecho!... ¿Sabes que ha muerto el capellán? ¡Ayer vi que se lo llevaban con Stefo el Dálmata! Sólo quedaba Priski para poder entrar en razón a esos salvajes, para hacerles temer represalias, para hablarles del sobrino de Rothschild...

—¡Pues lamento que haya muerto!—dijo La Candeur enfadado—. Al fin y al cabo, no he tenido yo la culpa...

—¿No has tenido tú la culpa?

—¡No! Ha sido mi fusil, que se ha disparado solo. En cuanto lo he apoyado en la espillera... ¡pum!... Y Priski estaba muerto... ¿Qué quieres que le haga?... Yo no quería matar a Priski ni a nadie... ¡No me gusta hacer daño!...

—¡Oh, ya lo sabemos!—dijo Rouletabille—. No hay miedo de que tú solo agotes las municiones...

—Cada cual puede ser útil de una manera—replicó La Candeur con un tono de suficiencia que hizo levantar la cabeza a Rouletabille.

—Pero ¿tú crees que procuras ser útil? ¡Tienes demasiado egoísmo para eso! ¡Sólo te preocupas de reunir un tesoro en zapatos para tu ancianidad!

—¿Por qué has de hablar mal de eso? ¿Por qué has de tener antipatía a mi calzado? ¡Mira, mira si sirven o no sirven!

Rouletabille y Vladimir se dieron entonces cuenta de que todas las botas y los zapatos de La Candeur habían sido bajados al cuerpo de guardia y puestos a pares junto a la poterna.

—¡Ja, ja!—exclamó Rouletabille.

—¿Comprendes?—preguntó La Candeur.

—¡Sí, hombre! ¡Eres un pillastre!

—¿Están bien colocados o no?... Cuando esos salvajes vengan a derribar la puerta, cuando trepen hasta aquí desde el foso, ¿qué es lo primero que verán entre la gastada base de la puerta y el no menos gastado pavimento?... ¡Mis pares de calzado!... Y dirán: «¡Cáspital! ¡Los sitiados han recibido refuerzos! ¡Tomemos las de Villadiego!» ¿Qué tal?

Rouletabille y Vladimir no pudieron contener la risa.

—¿Tienes razón para enfadarte?—preguntó La Candeur. Y contestó Rouletabille:

—¡No!

En esto, una voz adorable, juvenil y alegre, que parecía de bajo tierra, gritó:

—¡Tengo hambre! ¿Cuándo se almuerza?

Era Ivana. Se plantó jubilosamente en medio de los defensores del torreón.

—¡Hemos vencido!—exclamó—. Me lo acaba de decir el *katerdjibaschi*... La enhorabuena más cumplida, ¿eh?... Y ahora ¡a celebrar la victoria!... Tengo que dar una buena noticia. Pero antes almorcemos. El combate supongo que les habrá despertado el apetito. Y en cuanto a mí, ¡me muero de hambre!

—¡Ay, Ivana!—repuso Rouletabille—. Pídale de qué comer a estos señores; yo no puedo ofrecerle nada.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó la joven con asombro—. ¿Es que no tienen provisiones?

—Se las han dejado en el camino y han preferido traer objetos de uso personal... Esa es la razón, Ivana, de que no tengamos ni un trozo de pan... Así es que no almorzaré ni comeré... ¡ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana!...

—¡Vaya una perspectiva!—declaró la joven—. Pero no hay que desesperar, porque me figuro que este asunto no tardará en arreglarse...

—¿Cómo?—preguntó Rouletabille.

—¡He hablado con Gaulow!

—¿Y qué?

—Se ha puesto muy razonable.

—Un recién casado, a poco que sea galante, no puede negar nada a su esposa—insinuó neciamente La Candeur, pensando que hacía la mar de gracia.

—¡Qué oportuno!—comentó Ivana sin pestañear—. Mi esposo, en efecto, me ha otorgado todo cuanto le he pedido.

—Y ¿qué le ha pedido, Ivana?—preguntó Rouletabille, que de pronto se había puesto tétrico.

—Una cosa que me parece muy sencilla y que supongo satisfará a todos. Gaulow nos deja nada menos que salir de la *Karakulé* y atravesar su país, comprometiéndose a no causarnos ninguna molestia, con tal de que le perdonemos la vida y le devolvamos la libertad.

—¿Eso dice?—exclamó La Candeur—. ¡El caso es que no se trata de un hombre de fiar!... Estoy seguro de que en cuanto le devolvamos la libertad y hayamos salido del torreón, nos atacará con toda su gente...

—Yo también—repuso Ivana—. Por eso he estipulado que no le pondremos en libertad hasta que no lleguemos a la frontera de Bulgaria, con tal de que estemos lejos de sus tropas, las cuales recibirán la orden de no seguirnos.

—¡Oh!—exclamó Rouletabille—. ¡Qué confianza más grande tiene Gaulow en usted, Ivana!

—Aunque yo—replicó la joven—no cumpliera mi palabra, ¡y juro que la cumpliré!, saldría ganando por de pronto el no ser muerto en seguida... Porque yo no le he ocultado que si no llegábamos inmediatamente a un acuerdo, *empezaría a hacerle morir...*

—¡Entonces no le ha dejado elegir!

—¡Así lo habrá comprendido él!

—La felicito, pues.

—*Puede felicitar me, Rouletabille*—dijo ella en un tono que durante unos momentos atrajo la atención del reporter.

Decididamente había ocasiones en que Ivana se le escapaba, como, por ejemplo, ahora, en que hacía gala de una diplomacia tanto más extraña cuanto que *implicaba la renuncia sin esfuerzo a una venganza por la que en otras circunstancias hubiera dado su vida y la de los demás...*

Y le dijo:

—Me place verla tan conciliadora, Ivana. De sobra sé que para usted representa un gran sacrificio concedernos a Gaulow. La dificultad está ahora en saber si los bandidos de la *Karakulé* se avienen al pacto...

—¿Lo duda?

—Dudo, sí, que acepten las condiciones fijadas por usted. Difícilmente admitirán que nos llevemos a Gaulow. ¡Y comprendo su desconfianza!

—¡Yo también comprendo la de usted!—añadió ella con singular sonrisa—. Usted supone que no es menester cumplir una palabra dada a Gaulow, y que yo, una vez a salvo, no cumpliría la mía, ¿verdad?

—¡Psé!

—¡Pues le repito que cumpliré mi palabra!

—¡Ivana! ¡La desconozco!

—¿Sí? ¡Es que me civilizo! Pero ¿qué opina usted?

—Ante todo, procurar parlamentar con ayuda de Vladimir. Pero, créame, aunque nos dejen salir, no salgamos más que en último caso. Usted dice que cumplirá su palabra. Bien. Pero nadie nos dice que ellos cumplirán la suya...

—Y ¿qué haremos si nos quedamos aquí? No hay víveres...

—Ayunaremos durante cuatro días; es preferible ese ayuno entre estos muros, a comer a dos carrillos en un país donde a cada paso estaremos en peligro de que nos asesinen...

—En resumen: le parece mal que haya negociado nuestra liberación, ¿no es eso?

—No es eso. Lo que creo—respondió Rouletabille con mucha seriedad—es que se ha precipitado un poco, y que, *sobre todo, lo que ha negociado es la liberación de Gaulow.*

Esto último lo dijo mirándola de hito en hito.

Ella volvió la cabeza mordiendo los labios y estuvo algunos instantes sin contestar.

—¡Bueno!—acabó diciendo—. Supongamos que no he tratado con Gaulow. ¡Y no se hable más de la cosa!

—¿Por qué?—objetó Rouletabille—. Ya que hemos entrado plenamente en el terreno de la diplomacia, continuemos en él, es decir, tomemos algunas precauciones, sin adoptar ninguna resolución definitiva. No me parece mal que esa gentuza sepa que tenemos a Gaulow, y que si lo recelan, posean la seguridad. Además, suponiendo que acepten el pacto, quedamos libres de ejecutarlo cuando queramos... ¿Qué hora será?—Mirando su reloj,

se contestó:—¡Las diez! ¡Sólo las diez! En cambio, mi estómago señala mediodía. ¡Ojalá fuera!

—¿Para almorzar?

—No. Para saber si Atanasio ha salido con bien.

—¡Es verdad! Ya no me acordaba.

No había acabado de pronunciar aquella frase cuando se puso roja como una amapola... ¡Extraña Ivana! ¿En qué pensaría si no pensaba en el mejor éxito de aquello por lo cual había accedido en casarse a lo musulmán con Kara-Selim?

Rouletabille se dió cuenta de su rubor, de su—digamos la palabra—vergüenza. ¡Porque vergüenza era para una patriota haber dejado de pensar en aquello!

—¡Dios mío! ¿Qué pasará en esa cabecita?—pensaba Rouletabille—. Si no piensa en eso, ¿en qué piensa? ¡Seguramente no será en mí! Desde que la traje al torreón ni me ha dado cordialmente las gracias ni ha tenido un impulso de verdadera ternura. Se ha encerrado en su habitación. Y cuando, a través de la puerta, la he llamado, no me ha respondido. A la hora de la pelea ha ido a enterrarse con el Gaulow ese. ¿Para asesinarlo? Eso creía yo; pero ha vuelto con un tratado de alianza. ¿Qué significa eso? ¿Qué significa?

Llamó a Vladimir.

—Ate el pañuelo a su carabina—le dijo—y venga. Intentaremos parlamentar.

Ambos jóvenes subieron a lo alto del torreón. Ivana les siguió. Tondor declaró que no había visto ni un enemigo desde que la puerta del camino de ronda se cerró al huir los infieles.

—Se pondrá entre dos almenas y agitará la «bandera blanca»—dijo Rouletabille a Vladimir—. Yo vigilaré los alrededores para que no disparen contra usted.

Y llegaron a la pequeña plataforma.

Inmediatamente resonó al exterior una descarga de fusilería. Y una granizada de balas silbaron en los oídos de Vladimir y Rouletabille. ¡Qué rápidamente se retiraron a la garita! Había sido un milagro salir ilesos.

Por todas partes caían trozos de piedras rotas por las balas.

—Si es así—declaró Vladimir—como se parlamenta en este país, no es menester que desembotellemos nuestros discursos.

—Disparan desde lo alto de la torre del vigía—dijo Rouletabille—. Tendremos que abandonar la plataforma. ¡Verdad es que tal vez no hayan tenido tiempo de ver nuestro pañuelo blanco!

—Eso creo—ratificó Ivana—. Vladimir apenas lo ha enseñado...

—¡Pero Ivana!—exclamó Rouletabille para poner en buen lugar el amor propio de Vladimir—. ¿Qué hubiera hecho usted en su lugar?...

¡Desdichada frase! Al momento la deploró. Ivana arrancaba ya la improvisada bandera de manos de Vladimir y se lanzaba a la plataforma.

—¡Ivana!...

¡Oh, la admirable y furiosa joven estaba en lo alto de la torre siendo cebo de cincuenta fusiles que le apuntaban! Parecía un extraño desecho de alguna heroica mascarada con los harapos de su ropa de gala azotándole las piernas y el abrigo que Rouletabille le había puesto para cubrir sus brazos y su garganta desnudos. ¡Y agitaba la bandera, la agitaba!...

Pero no la agitó mucho tiempo, sino los escasos segundos precisos para que Rouletabille se diera cuenta de aquella locura, se arrojara sobre ella, la empujara brutal-

mente hacia las almenas y la sujetara allí como un animal vencido para que no se levantara, a pesar de los deseos que de ello tenía. Y como había conseguido levantar la cabeza, que sobresaldría de las almenas, Rouletabille tuvo que agarrarla del moño... Ivana lanzó un grito de dolor y mordió acerbamente.

Entonces gritó Rouletabille, con lágrimas en los ojos:

—¡Ay! ¡Bien empiezan nuestros amores!

—¿Nuestros amores? ¡Te detesto!—masculló la joven, a la cual rechinaban los dientes.

—Comienzo a creerlo así—aseguró Rouletabille—. De todos modos, Ivana, no es el momento oportuno para estas escenas. Hay que volver a la garita. Cuidado con que nos hagan blanco, ¿eh?

—¡Bah!

—¡Ivana! ¿Se ha vuelto loca? ¿Qué le pasa? ¿Le ha sucedido algo que yo ignore? ¡Dígamelo, Ivana!

—Ya le he dicho que lo único que me pasa es que le detesto.

—¿De veras?

—¡Muy de veras!

—¿Qué motivos he dado para eso?

Ella, mirándole de mala manera, contestó:

—¡Discutir mis planes! Y a mí no me gusta que discutan mis planes.

—Me parece que no he dicho tonterías, sino cosas puestas en razón.

—¿Puestas en razón?—exclamó la joven—. Me ha dicho una cosa que no olvidaré jamás: ¡me ha dicho que sobre todo había negociado la liberación de Gaulow!

—¡Cuidado!

Una bala acababa de dar en la piedra precisamente encima de la cabeza de Ivana. Pero ya hemos dicho que

ésta, furibunda, se resistía encarnizadamente a las intenciones del repórter, que hacía todo lo posible para salvarla, para impedir que la hirieran. Y todo ello lo hacía sin darse cuenta de que se exponía él.

—¡Le detesto! ¡Le detesto!

Su voz hacía daño a Rouletabille, que contestó:

—¡Demasiado lo repite, Ivana, para que no sea verdad! En su patria, el odio sucede con facilidad al amor.

—¡Sí!

—¡Repítalo!

—¡Le detesto!

—¡Diga que me odia!

—¡Le odio!

La dejó y se puso en pie entre dos almenas.

—¡Que la maten, si tiene gusto en ello!—le gritó a Ivana—. ¡Yo voy a lo mío!...

Pero Ivana se abalanzó tras él para hacerle bajar del puesto a que había subido, en una extraordinaria y pueril exaltación, a esperar la muerte, ya que Ivana no le quería.

—¡Te quiero!... ¡Te quiero!...

Ahora era ella la que se preocupaba de él, inclinándole a la altura de las piedras protectoras. Y se abrazaron hasta casi ahogarse. Sus labios se unieron otra vez, como dentro del armario trágico.

¡Singular destino el de su amor!... Sólo se amaban en lo más agudo de las peores tormentas, entre sangre, matanzas, asesinatos... Sus bocas sólo se unían cuando la muerte rondaba cerca de ellos... Ahora, en efecto, la muerte se presentía en todas partes. Y se dejaba oír en lúgubres silbidos encima de sus cabezas, que las dementes manos estrechaban en una caricia delirante... Una vez más la muerte era el único testigo de sus ternuras. Y dan-

do sin cesar en la garita, donde se estrellaban las balas, parecía haberse hecho la guardiana de su soledad y amenazar a todo el que asomara la cabeza para ver cómo se abrazaban los dos jóvenes...

—¡Da gusto detestarse así!—dijo Rouletabille cuando pudo hablar—. ¡Procuremos vivir, Jeanne mía!...

Nunca le había dado el nombre que llevan las Ivanas en su patria, en Francia... Pero ahora acababa de dárselo con toda su alma: «¡Jeanne mía!» Y le parecía que hasta entonces no la había querido...

Como quiera que el fuego enemigo había disminuído ligeramente, aprovecharon la ocasión para deslizarse hasta la garita, adonde llegaron sanos y salvos.

—Ya desesperaba de volverles a ver—les dijo Vladimir—. Pero ¡no hay manera de asomar la nariz! Cada vez que lo he intentado ha habido lluvia de balas... ¡Sí que han tenido ustedes suerte, sí!... Pero ¿qué le pasa a Rouletabille?... Esa gentuza no quiere saber nada de arreglos, ¿verdad?...

—¡Parecen ignorar hasta lo que significa una bandera blanca!—dijo Rouletabille.

—¡Qué salvajel... ¡No respetar a los parlamentarios!... Se me ocurre una idea... ¿Quiere que les eche una piedra envuelta en un papel?... Pongámonos en comunicación.

—¡Oh!—dijo Rouletabille—. Habría un procedimiento más sencillo.

—¿Cuál?—preguntó Ivana, que se había sentado en el último peldaño de la escalera, y que levantó hacia el repórter sus hermosos ojos negros, en que aún no se había apagado la llama que poco antes los iluminara.

—Basta—explicó el interpelado—con hacer que suba Gaulow aquí. Hablará a sus soldados y quizá les haga

entrar en vereda... Y eso, Ivana, quizá fuera un medio de realizar su combinación.

—¡Oh! No tengo gran interés por mi combinación—dijo ella vacilando algo—. Ya me ha demostrado que es peligrosa y puede ser inútil... En el fondo, mejor estamos entre estos muros que en otra parte. No se trata más que de tener paciencia mientras esperamos que vengan a libertarnos. ¡Para pactar siempre estamos a tiempo! Guardemos los rehenes para el final.

Ivana hablaba entrecortada, como si las razones se le ocurrieran con dificultad.

—Además—observó Vladimir—, Gaulow no estaría menos libre de las balas que nosotros.

—¿Por qué?

—Porque los soldados, antes de reconocerlo, ya lo habrían muerto.

—Sí, tiene razón—dijo Ivana penosamente—. ¡Podrían matárnoslo, cosa de la cual yo no me consolaría nunca!

Rouletabille hizo una mueca. La última frase había sido dicha con una intención oscura que en vano intentó aclarar. Pero ¡el caso era que Ivana encontraba excusas para no exponer a Gaulow!

—¡Déjeme pasar, Ivana!

—¿Adónde va? ¿No estamos bien aquí? ¿Para qué bajar a esa cárcel?

—Vuelvo en seguida. Voy a buscar mis prismáticos.

—¿Falta poco para las doce?

—Poco. Y a las doce estamos citados aquí con Atanasio.

—¡Voy a buscar los prismáticos!—dijo Vladimir. Y se lanzó a la escalera.

—¡Qué sol hace!—exclamó la joven levantándose de pronto—. Me parece que veremos perfectamente. ¡Estoy

segura de que Atanasio ha salido en bien! ¡Es un patriota de veras, un hombre que sabe lo que quiere!

Y riendo extrañamente, agregó:

—Le aseguro que podemos estar tranquilos respecto a su suerte. Ha atravesado el torrente, ha atravesado el país de Gaulow, atravesará la frontera y vendrá a libertarnos. ¡Con un hombre como ése no hay que temer nada! ¡Estamos salvados!

Estaban solos o casi solos. El que Tondor estuviera en la garita no tenía importancia para ellos, pues no oía nada de lo que decían.

Rouletabille atrajo a Ivana hacia su corazón y la abrazó fuerte, muy fuerte, menos como un enamorado que como un protector. Ella le dejó hacer, como una niña. Entonces él esperó la confidencia. Y para tenerla, entre dos besos le dijo al oído:

—¡Jeanne!... ¡Mi Jeanne está disgustada!... ¿Me dirá por qué?... ¿Por qué?... ¡Nada nos separa! Si nos hemos de salvar, nos salvaremos juntos... Si hemos de morir, juntos moriremos... ¿Por qué está tan disgustada, Jeanne?

La joven inclinó la cabeza sobre el hombro y rompió en un sollozo que, desde la víspera, henchía su pecho enamorado y juvenil.

Y dijo, acercándose a él, y ocultando su rostro bañado en lágrimas:

—¡Porque quisiera matar a Gaulow!

CAPITULO IX

LA CANCIÓN DEL RÍO MARITZA

ROULETABILLE tenía el corazón de Ivana cerca del suyo, cuando ella dejó escapar aquella exclamación desgarradora. La notó realmente *tan desesperada por no matar*, que se puso lívido al pensar que amaba a una mujer que tanto sabía odiar. Y compadecido de ella, le dijo:

—Mátalo, pues.

—¿Como yo quiera?

¡Oh, cuánto salvajismo quedaba en ella, a pesar de su educación occidental, de su amor, de todo. Rouletabille separó los brazos de ella, que le aprisionaban el cuello. La dejó en libertad sin añadir una palabra. Tampoco ella habló. Estaba tan pálida como él. Y empezó a bajar. El repórter la miraba hundirse por el oscuro hueco de la escalera, y se estremecía pensando la abominación que iba a cometer, la abominación hacia la cual se encaminaba apoyándose en las paredes, como si ya estuviera embriagada con la sangre que pensaba derramar.

El corazón de Rouletabille parecía de hielo. En aquella aventura se pasaba con rapidez del frío al fuego...